

tro que fue Erich Kleiber, pero la perdí. Vaya a saber si eso no fue una de las razones de mi relación siempre cambiante con la música culta. Es cierto que a mi madre le debo todo un caudal de conocimientos y de inquietudes en materia de ese tipo de música. Cuando dejé de chico mis estudios de piano en el conservatorio, ya había aprendido mucho en casa, por esa transmisión directa, que de todos modos me fue útil años más tarde para la guitarra. A Lyda la recuerdo no sólo como la pianista que fue, sino como a un ser muy inquieto en todo lo que tenía que ver con lo cultural. Incluso, ya de regreso de su etapa francesa, en sus últimos años, siempre que podía iba a mis recitales y en medio de sus elogios, típicamente maternos, abordaba críticas y consejos que me han sido preciosos. Pero, bueno, se entiende entonces que siempre el Solís para mí es un espacio muy afectivo. Y además, Mario, porque en esa sala hemos compartido nuestro trabajo *A dos voces*, más de una vez.

—¿Y en Montevideo, actualmente, fuera de las salas principales o las alternativas, hay otros espacios de canto?

— Y en Montevideo, el trabajo, por ejemplo, en la Carpa móvil de la Intendencia, una experiencia renovadora que se va desplazando por diferentes barrios y a la que acude con entrada libre un público al que no le es nada fácil ir a los teatros. Sin olvidar, en el Cerro, al Teatro Florencio Sánchez, que se ha vuelto un centro cultural de la zona. Otra experiencia nueva es la apertura a la música popular uruguaya en la programación de la Semana Criolla del Prado, con los escenarios Zitarrosa, Carlos Molina o Ambal Sampayo. También el canto tiene lugar en algunos cines como el Plaza o el Metro. Y hay auditorios más pequeños, como el Espacio Guambia, por ejemplo, donde la actividad profesional se vuelve más coloquial, y eso es muy interesante para el público y para el músico. Y en espacios muy grandes, entre otros, está el Velódromo. Ahí se me han daao actuaciones combinadas con murgas, lo cual significó para mí tener un primer contacto vivo, cantando, con el carnaval. Porque alterné y canté con Diablos Verdes y Contrafarsa, en dos ocasiones. Lo de compartir actuación con murgas era para mí un viejo deseo que tenía guardado en alguna parte mía. Había entrado a ese carnaval siempre como escucha, como espectador, desde que mi viejo me llevaba a los

tablados y me alzaba en hombros. Y además de que me gusta el género, son muchas las murgas que han tomado temas míos en diferentes carnavales.

– *¿Y también en esta etapa has abarcado el interior?*

– Te cuento que he buscado acrecentar mi relación con el interior, más allá de los bloqueos de ciertos festivales. Algunos pasos di en ese sentido con el productor Aldo Novick. En el año 2001 emprendí no una odisea del espacio, pero sí una odisea del interior, lo digo así porque no es nada fácil plantearse una gira por el interior de nuestro país, poderla coordinar. Lo hice con el apoyo de producción de Elbia Fernandes y Luis Trochón, y sobre todo tratando de contrarrestar un hecho que persiste y que es la escasez de propuestas que se me hacen a mí en particular, para participar en los diversos festivales del interior. Hay ahí un fenómeno que no tiene que ver conmigo, porque yo estoy y siempre estuve deseoso de cantar en el interior y siempre abierto a participar en todos esos eventos a los que sin embargo no me convocan, por razones que yo ignoro –algunas excepciones confirman la regla–, lo que quizá tenga que ver con una eventual discriminación desde las Intendencias conservadoras o con los criterios manejados por quienes seleccionan a los eventuales participantes. Los resultados son repetitivos –solistas o grupos prácticamente infaltables desde hace veinte años– y muchas veces hay una inclinación a los productos más populistas y menos arriesgados estéticamente e ideológicamente. Ahora habrá que comprobar, desde el acceso del progresismo a varias intendencias del interior, si hay un cambio de timón. Y no lo digo sólo por mi caso, que es el que conozco de veras, sino por todo un sector de la música popular uruguaya prácticamente impedido de participar en esos festivales de público masivo, en particular varios músicos de generaciones posteriores a la nuestra.

– *Y en cuanto a tu producción discográfica, de algunas actuaciones tuyas, nace un nuevo disco en vivo...*

– Sí, que se llama *Devenir*. Me he ido dando cuenta de que cuando canto en público la interpretación tiene una intensidad diferente que en el estudio de grabación. Es como que el público te hace darte más, lo cual no quiere decir que no prevea algún disco futuro en estudio, que siempre tiene otras características, de

arreglos, de sonoridades, otra estética. En *Devenir* incluyo varias de mis últimas composiciones: «El vals de la duna», cantada y, luego, cerrando el disco con la versión instrumental junto al flautista Pablo Somina, tema que compuse para *Cabo Polonio*, una película del uruguayo Gabriel Varalla; otra canción es «Che por si Ernesto», en la que intento abordar de Guevara ya no su perfil de guerrillero, sino otras lecturas de su interioridad, a la vez de cuidar que no lo canonicen, que no lo represen ni lo limen, y señalando a quienes lo abandonaron a su suerte en Bolivia junto a sus compañeros. También *Chiapaneca*, la canción que hice luego de estar en Chiapas en aquel Encuentro organizado por los Zapatistas. Revisité algunas canciones mías en nuevas versiones, como *Mucho poquito y nada*, coreada por el público, que siempre es algo muy lindo para uno. Incluí también como intérprete un tema temprano de Zitarrosa, algo de Yupanqui y también de Yupanqui y Pablo del Cerro. Y un vals del repertorio de Tormo que me quedó grabado desde la infancia, «Puentecito de mi río», del poeta Buenaventura Luna, con música de Diego Canales y de Tormo. Sabés que en Buenos Aires lo pude conocer a Antonio Tormo. Fue aquel cantor que me decidió de niño, él sin saberlo, desde sus discos, a tratar de imitarlo. Fue una pasión imitar sus canciones, que me encantaban, con sus guitarristas y el arpa de Prudencio Giménez. Lo conocí entonces con más de noventa años. Y lo entrevisté en la casa de mis amigos Omar y Gloria Glezer en Buenos Aires. Me dijo que seguía cantando, y me volvió a sorprender, porque me contó que siempre iba a clases de ejercicio vocal, todas las semanas, con una profesora. Por todas esas historias quise que hubiera algo suyo en *Devenir*.

– Es curioso, *Devenir* es un término similar en castellano y en francés... ¿Lo elegiste también por eso?

– Es cierto... Pero no, no lo pensé, me di cuenta después, son esas cosas del azar, que a vos también te gustan mucho... Aunque sería natural esa resonancia en mí por los años vividos en Francia. Por mi madre que vivió tantos años allá, trabajando con su piano, en París, en Nancy, en Metz, en Nantes, hasta antes de regresar acá. Por mis tiempos de familia francesa y de obtener la nacionalidad. Por Trilce, que nació allá, que aprendió piano en París y que luego eligió su propio camino hacia las Artes Decorativas. Por